

Cuatro cuentos

Clara Obligado
obligadoclara@gmail.com

Los cuatro cuentos elegidos forman parte de un proyecto más amplio en el que intento trabajar los préstamos entre cuento, microficción y novela. El título provisional del libro es *Hombre muerto* y cuenta la historia del asesinato de Héctor Lejárrega, sucedido en Buenos Aires en los años 30 del siglo pasado. El enigma clásico, que se presenta con las técnicas de la novela policíaca, se irá develando a través de diferentes cuentos concatenados que no tienen nexo ni temporal, ni espacial, ni estilístico pero que conforman, a la manera de hipervínculos, estructura compleja. Se trata de una investigación formal de los límites entre los géneros que ya comencé a desarrollar en mi libro anterior, *El libro de los viajes equivocados* (Madrid, Páginas de Espuma 2012).

Clara Obligado

El miedo

Para David Roas

221

La monja enana vive en la cornisa del patio del colegio, donde anidan los murciélagos, debajo del reloj. Cuando murió, la pusieron en la capilla, con el féretro sin tapa, la toca almidonada, los labios entreabiertos y el aire escapándose con un silbido de globo al final de una fiesta. Entre las ramas de la glicina, la monja enana asoma la cabeza y sonrío, los dientecillos afilados.

Yo la quise cuando estaba viva: me acariciaba la cabeza, escondía las sobras de mi plato. Ahora zumba con sus bracitos de élitro, se relame el polen, liba entre los racimos, serpentea como un avioncito de papel. Cuando salgo del colegio me sigue flotando, se enreda en una alegría de velos y faldas negras, salta a la comba con el rosario. De pronto, mira hacia abajo, tuerce el gesto y silabea: ya-te-mor-de-ré.

Las eléctricas

Mientras la empujan hacia la Jaula de los Gritos, la chica intenta no pensar. Tiene los ojos vendados y va descalza, hace tiempo que le han quitado los zapatos, la humilla ese taconeo de botas militares a su lado. La empujan o la llevan, qué más da, sabe perfectamente cuántos metros hay hasta el dolor. No hay escapatoria, ni siquiera en la muerte, tiene que aguantar, así que ha desarrollado un plan. Es un plan idiota pero, en ese mundo de sombras, le da la sensación de que algo está en sus manos. El juego consiste en salir de su cuerpo. Localiza una sensación, la atrapa, luego viaja hasta un recuerdo. Es como una ola, o un pozo, o una escalera, o un embudo, no es tan difícil, todo consiste en concentrarse. Si lo consigue, si logra asirse a alguna imagen, navegará entre espasmos hasta la cima de la memoria, eso le basta. Pueden ser apenas unos segundos de memoria. Memoria dolorosa. Memoria tierna. Memoria en carne viva. Busca a tientas y siente el frío en la planta de los pies. Como a una mariposa en mitad de la nada, atrapa la sensación. Sus pies sobre el césped, siglos atrás. Los pies en el verde tibio, la caricia de la hierba. Una luz atraviesa el trapo que la ciega, está pasando frente a la ventana. Odia ese resplandor, y el corazón vuelve a desbocarse. No es una ventana, piensa, no es "esa" ventana que está tan cerca de la Jaula de los Gritos, sino el sol del verano aquél, claveteado de luces. Mientras la desnudan, siente el calor en la espalda. Están en la casa de "Las lilas" y ha estado jugando en la barranca que da al río con unas piedras. Pero las piedras son descorazonadoras, brillan si están mojadas, son ásperas si se secan. Las piedras. Las piedras. Tiene que pensar en piedras. Piedras de colores, y nada más. En el recuerdo ella es muy pequeña. Manos que la levantan en vilo. ¿Quieres hacer pis? Qué vergüenza, otra vez se está meando encima. ¿Quieres hacer pis?, repite la voz áspera de Mme. Tanys. Va vestida de oscuro y lleva un sombrero de paja estremecido por las agujas del sol. El sol la está quemando con tal fuerza que siente agujas en el pecho. Agujas. Mme. Tanys la toma en brazos y la consuela, por una vez es cariñosa. Vamos, dice con su acento francés, vamos con mamá. La chica, atada al camastro de metal, lucha por asirse al recuerdo y tiende los bracitos hacia su madre. Hay una galería con baldosas en damero, un sillón de paja, un toldo amarillo. Su madre está junto al jazmín, sentada en los escalones que dan al parque, y el aroma es tan pesado que a la chica le parece que está masticando flores. Huele a humedad y a sucio, a dolor. A verano y a piscina. A las piedras del río. Déjela, Mme. Tanys, yo me encargo, dice la madre. Y la chica mira el vestido liviano, las perlas de los pendientes, las manos

huesudas con los anillos. Se oye un grito. Debe de haber salido de su propia garganta, porque la madre sigue quieta y no cambia de expresión. Como si se hubiera ahogado en la fuente de los nenúfares, su madre nunca cambia la expresión, hay que tratarla como si pudiera romperse. Se acerca a las piernas delgadas, pone una manito sobre la rodilla. Rodilla brillante, como una luna fría. Entonces la madre levanta los ojos y hace una media sonrisa, la acaricia, la sienta sobre sus faldas. Toma los dedos de la pequeña y con ellos se acaricia las mejillas, el laberinto de las orejas, la suavidad de las perlas, sube hasta las sienes donde la chica toca algo pegajoso. La madre acerca los labios pintados de rojo al oído de la niña y susurra: ¿te he hablado alguna vez de la Jaula de los Gritos? Entre el pelo rubio de su madre, dos trasquilones, dos calvas. Ahí me pegan los electrodos, dice. Ahí y ahí. Suena un ruido seco de llaves eléctricas, la luz parpadea. Gritan.

El verdadero amor nunca se olvida

Papá está mayor para aventuras, así que ni bien llegamos de París lo aparqué en un hotel del centro, que es el único lugar de Buenos Aires que le resulta familiar. Le digo que descanse un rato, pero no me hace caso, saca su libro de poemas y clava la nariz entre las páginas. Entonces le doy un beso y salgo a caminar. Vivimos fuera desde hace años, aquí casi no tenemos familia, sólo me quedan recuerdos del colegio y del barrio de Belgrano. Y mamá. Quiero llamarla y concertar el encuentro, con la edad que ambos tienen no sería raro que fuera la última vez. También quiero hablar con Nico, lleva meses escribiéndome, aunque no está tan claro qué quiero con él. Estoy casada, y mi marido me gusta. Estoy muy casada con Raymond desde hace un montón de años, tengo tres hijas. Nico también está casado, y tiene cuatro varones.

Mi madre es de Kiev. No sé cómo terminó en Buenos Aires, ni he tenido demasiadas ocasiones para preguntárselo, dice que no le gusta hablar de temas deprimentes. Entre los temas deprimentes estoy yo, pero lo he superado. De todas formas, miente tanto que termina creyéndose sus propias historias. Por ejemplo, que se casó por amor, y no por dinero, o que todo se lo debe a sí misma, cuando la verdad es que siempre se ha hecho mantener. Tiene otros temas que le divierten más: la cocina, o los hombres jóvenes, por ejemplo. Le gusta muchísimo hablar de hombres y de sí misma. Con su parloteo vuelve loca a Raija, su vecina lapona, que se gana la vida tirando las cartas y organizando sesiones de espiritismo. Entiendo que mi madre no me quiera, para una mujer como ella un niño tiene que haber sido un incordio. Mi marido dice que uno de mis problemas es que comprendo a todo el mundo y lo espanta la relación que mantengo con mi madre. Me da igual, hasta le agradezco el pelo rubio rizado y los ojos azules. Raija dice que es una reina, y se ríe con su risita de conejo. Me hacen gracia las mujeres despóticas, aunque como madres son un desastre. Hubiera preferido que me adoptara Raija, pero no me tocó en la rifa: sabe preparar mermeladas y, cuando vas a salir, te pregunta si te abrigaste bien. Raija cuida de su canario con más esmero que mi madre de mí. Con ella se puede hablar de cualquier cosa. Una vez le conté que Nico y yo habíamos sido todo lo que una mujer y un hombre pueden ser, menos un matrimonio, y se pasó media hora imaginando las posibilidades. A veces, cuando vengo a Buenos Aires, vivo en su casa. Mamá se hace la ofendida pero, en el fondo, sé que se alegra. No me aguanta, ni yo a ella. La culpa la tiene su carácter, pero también papá quien, en lugar de contarme las cosas como eran, me convenció de que mamá había muerto.

Pienso en los dos tan viejos, y en el encuentro de mañana, es muy romántico que papá haya cruzado el océano sólo para venir a despedirse. Me pregunto cuánto se quisieron. Toda la familia se opuso a ese casamiento, en particular su hermano mayor, que casi dejó de hablarle cuando le dijo que pensaba casarse con una rusa, pero a mi padre le dio lo mismo. Aunque parezca de carácter dulce, papá es terco como una mula. Esa mujer, y en esas épocas: la imagino. Vamos, que puedo entenderlo bastante bien. Lo que me cuesta más aceptar es cómo terminó la cosa. Tu madre ha muerto, me soltó un día. Y dejamos la casa de Belgrano, que era preciosa, para irnos a vivir a París, donde le habían ofrecido algo en un organismo internacional. "Tengo una casa en París" era una frase dorada, un mito familiar. Así que, sin pensárselo ni un minuto, cambió todos sus bienes en Buenos Aires por la bendita casa y me arrastró como si fuera una maleta, malvendió todo a su hermano, que era riquísimo, y yo creo que él se aprovechó, es típico de los varones mayores considerar que todo les pertenece. Al llegar a París vimos que la famosa casa era apenas un departamento en Le Marais, y entonces el barrio ni siquiera estaba de moda.

París es preciosa, nada que ver con Buenos Aires, todo funciona bien, aunque en los bares casi no hay lugar para moverse y a mí, lo que más me gusta en el mundo, es ir a leer a un bar. Claro que el París al que me llevó mi padre no era como el de ahora, estaba cerca la guerra y todavía no se había construido el Pompidou. Existían los *bistrot* y fue en un *bistrot*, donde mi padre me presentó a su nueva mujer. Esta es tu nueva madre, dijo, y ella me miró, torciendo la nariz. Me caía bien, fuimos amigas durante años, pero traía a sus propios hijos, así que tampoco le preocupaba si yo salía abrigada o no. A Nico, en cambio, lo conozco de toda la vida, desde que nos escapábamos a robarle manzanas al vecino de la quinta de al lado, en ese mundo que ya no existe. No existe el mundo de los grandes jardines con frutales, ni la fuente de los nenúfares donde metíamos los pies, ni los eucaliptus cuya corteza fumábamos, ni las casas con muchas criadas. No existe, tampoco, la quinta de "Las lilas", el caserón que miraba al río, la galería con baldosas en damero, las palmeras despeinadas y el eterno olor a jazmín. Entonces mis padres estaban juntos. Recuerdo cómo él se volvía loco cuando ella se bañaba en la pileta y cruzaba el agua, de una punta a la otra, con sus poderosas brazadas de mujer del norte. *Plash, plash*, los giros perfectos del crol, la boca abierta devorando el aire, ese cuerpo tan robusto y brillante que parecía lacado. Luego, tendida al sol, o bajo el toldo amarillo, la cabellera leonada, las piernas de oro.

En "Las lilas" Nico me dio ese primer beso de lengua que me pareció asqueroso, su beso de animal marino, de foca embravecida que patina entre las rocas de los dientes, una lengua ancha con nervaduras azuladas. No me gustan las lenguas, tampoco me

gusta el mar. No es que no soporte las cosas húmedas, algunas me encantan. Sólo le cuento estas obsesiones a Nico, porque a él le puedo contar cualquier cosa. Raymond me miraría por encima de sus gafas de diseño, lo cataloga todo con el terror de los intelectuales a que se les derrumbe el mundo. Cada idea en su casillero, cada sentimiento en una cajita. Si le cuento a mi marido lo de las humedades, él me colgaría el letrerito de "frígida", aunque bien sabe que no. Claro que un psiquiatra francés es un psiquiatra francés, él tiene sus propias teorías sobre todo, incluida yo, que soy su objeto de estudio más privado. Raymond dice que hay una parte de mí que está desprotegida. Yo no creo que sea así, pero ni loca discuto con Raymond. A los hombres les da pánico que les cuentes historias personales, no saben qué decir, y más si están en desorden. Es mejor pedirles que te arreglen el coche o que te compren algo, eso los calma. Por otra parte, si se tiene un amante, es justamente para no tener que decirle toda la verdad a un marido.

Del mar me gustan las palabras "crustáceo", "marejada" y, en particular, "fosas abisales". "Fosas abisales" me encanta, da vértigo. No me gusta el mar por culpa de mi padre. Él vino ese día, se sentó a mi lado, y me soltó: "tu madre se ahogó en el mar". No hubo cuerpo, ni entierro, ni nada. Y, unas semanas más tarde, estábamos en París. A mi no me gustaba el colegio de Buenos Aires, pero el colegio francés me resultaba mucho más duro. Era rígido y se burlaban de mi nombre. Mira que llamarte Adriana Lejárrega, decía la maestra, en un batiburrillo de erres francesas, y parecía que estaba haciendo gárgaras. Negociamos en "Adriana Lejarregá", pero no mejoró mucho la cosa. Pensándolo mejor, no me gustan el mar, ni las lenguas, ni los chistes con mi nombre. Tengo que llamar a Nico. Suerte que es noviembre y han florecido los jacarandá, la plaza se ha puesto azul. En esta plaza aprendí a andar en bicicleta; fue en otro milenio, en otra vida. Le compro a papá una colonia, con lo coqueto que es, le va a encantar. También una corbata muy alegre, con banderitas amarillas. Tengo suerte: me gusta Buenos Aires, y me gusta Nico. Me gusta París, y me gusta Raymond. Compro otra corbata para Raymond. Para Nico, calcetines, no usa corbatas. Cuando pienso en él, sonrío. O me excito. O ambas cosas a la vez. Podría verlo mañana. Busco un teléfono, todos están rotos. Mientras paseo imagino a Nico como es ahora: casi gordo, casi vencido, con ese desborde de masculinidad que siempre me ha gustado. Sonrío, me excito, y siento un arrebató de ternura.

Nico y yo, jóvenes. La escena podría ser así: los dos estamos desnudos. ¿Dónde? En cualquier parte, en un hotel, o alguien nos ha prestado un departamento. Yo he vuelto de París para unas vacaciones. Es invierno. Siempre es invierno en la historia de mi vida. Hay apuntes de la facultad en el suelo. Nico camina, como

si llevara las manos en los bolsillos, pero no tiene bolsillos, ni pantalones, sólo músculos de hierro y vello encrespado, genitales pesados como un racimo de uvas. Fuma, yo también. Estoy tendida en una cama (¿qué cama?) y lo estudio: está despeinado y tiene un pene grande, que siempre parece amenazar con una erección, una vena azul cruza esa piel extremadamente suave. A veces se sienta en la cama con las piernas abiertas y se lo estudia, como si lo sorprendiera.

Por fin encuentro un teléfono. Me atiende la secretaria de Nico y dice que no tardará en llegar. No le dejo mi nombre. A papá sí que lo encuentro. Estoy descansando, murmura, y añade: ¿has hablado con tu madre? Estoy nervioso, dice también, y yo lo tranquilizo: no, papá, todavía no la llamé, es temprano. Necesito que me ayudes a vestirme, protesta. Papá, la cita es mañana, descansa. Hace una pausa larga y se pone a recitar algo en francés. Imposible cortarle sin que se ofenda, seguimos así hasta que se me acaban las monedas.

Papá más joven. Papá en París. Y yo que, no sé por qué, un buen día dejé de creer en la versión de la ahogada y escribí a la vieja casa de Belgrano. Una semana más tarde recibía la respuesta. "Me gustaría verte", terminaba la carta. Y luego, con una letra femenina y desordenada, la firma: "Liza". Liza, no mamá.

En "Las lilas" digerí con disgusto el beso de lengua y seguí ensayado con Nico: lo toqué y me dejé tocar. A la orilla del río jugábamos con las piedras calientes de sol y yo me metía una en el escote, para que él la encontrara. Piedras aventureras, como las manos de Nico. Mientras tanto, en el mundo de los mayores, mamá flotaba distraída, nunca estaba a la hora de la cena. Se acabaron las risas en la piletta, las piernas al sol. Todo se hundió en el verano aquél en el que lo único seguro era que Nico y yo nunca nos íbamos a separar. Cuando, por fin, dijo que me quería, mamá se había ido y papá vendió "Las lilas".

En el hotel encuentro a papá con unas décimas de fiebre. Le pregunto si quiere que llame al médico, dice que no, son los nervios, repite, y parece alegrarse con la corbata. Ha puesto una foto de mamá sobre la mesilla de noche y cada tanto la mira, repite su nombre: Liza. Me armo de paciencia, está un poco confuso. Mientras habla, imagino cómo habrá sido su segundo matrimonio, con todos esos fantasmas mal disueltos, con todos esos recuerdos grumosos. He llamado a Raija para que prepare a mamá. Tampoco ella es joven, entre los dos suman casi ciento ochenta años. Los dejaremos solos y nosotras conversaremos en casa, dice Raija con su voz alegre, me muero de ganas de verte, te echo las cartas, o preparamos unos pastelitos, o convoco a algún espíritu. ¡Tendrán tanto para contarse! ¡Qué romántico, Diego y Liza otra vez! Me río de ella, pero no me hace caso: está chapoteando en su propio culebrón.

La nueva mujer de papá tuvo que aceptar la resurrección de mi madre, aunque posiblemente ya la conociera y la única engañada fuera yo. Así que comenzó a hablar de ella en público, y no con demasiado cariño, repitiendo "es una sanguijuela". Abro la ventana del hotel. El cielo se ha puesto azul turquesa y empiezan a encenderse las luces. Cada luz es una ventana, y cada ventana, una vida. Me quedo un rato divagando pero el cambio de horario y de estación me pesa y, vestida, me hundo en un sueño sin recuerdos. Cuando suben el desayuno, papá está despierto y camina en círculos alrededor de la alfombra. Está despeinado, parece perdido, le sucede por las mañanas. Se sienta frente a la taza y la estudia como si no supiera qué hacer con ella. Cuando el café está totalmente frío, se queja y pide otro.

Raija me llama por teléfono, cuenta que mi madre no ha podido dormir, no deja de alborotar y de probarse todo el armario, está histérica. Adriana, Liza se ha gastado el dinero del mes en ropa, chismorrea escandalizada, ¡a su edad! ¿Y en qué se lo va a gastar, la pobre? ¿Cómo está tu padre? ¿Cuánto hace que no se ven? ¡Décadas! ¡Qué romántico!

Tomamos un taxi hasta Belgrano. Ya no está el palacio de la calle Juramento, y en toda la manzana se levantan hileras de edificios anodinos. Mamá se quedó con la casa, pero nunca ha invertido nada en arreglos, las reinas no se ocupan en estos menesteres. Con lo que han subido las propiedades, no quiero ni imaginarme cuánto vale ahora, mi padre nunca le reclamó nada, por más que su mujer insistiera. Por la noche me veré con Nico.

Beso a mamá con picotazos en el aire, ella me evita para que no le estropee el maquillaje. Bonita, me dice, ¿cómo estás? ¿qué tal tus hijas? Y, sin demostrar ningún interés por mi respuesta, mira a través de mi como si fuera un fantasma. Por fin, descubre a papá. Diego, murmura. Diego. Nada más. Lo toma del brazo, veo cómo desaparecen en la enorme sala. La habitación está en penumbras. Sube, desde el jardín vecino, el canto de un zorzal.

Raija me tira las cartas y yo las interrogo sobre el amor. No sé qué pasará con tu vida, sentencia ella, pero ya sabes que el verdadero amor nunca se acaba. Luego me pregunta por Nico. Hace años que no lo veo, le digo, y siento que me crece la nariz. ¿Y Raymond? Está muy bien, Raija, no te preocupes, somos felices. Recoge las cartas y se queda mirándome, cubre con su mano pequeña y morena la mía, que parece un pez muerto sobre el tapete de ganchillo. Siento ganas de llorar. Desde la casa de al lado flotan las risas. Vamos a espiar, ordena Raija, por la ventana del invernadero. Le digo que no, me parece horrible la idea de espiar a mis padres, pero cedo ante su insistencia. Nos subimos a un banco y los vemos. Él está sentado en una actitud tranquila, como si nunca se hubiera ido de allí, mi madre, con sus andares enérgicos, camina de un lado a otro de la sala. Con su melena de

leona parece casi joven, las piernas todavía firmes. Mi padre, como siempre, despliega sus gestos calmos. Palabras entrecortadas, copas que chocan, suspiros. Liza siempre ha vuelto locos a los hombres, secretea Raija, un poco envidiosa, si yo te contara. Tu padre le está acercando una mano a la mejilla, se ve que todavía la quiere. Y ella no ha hecho más que atormentarlo. Me mantengo en silencio mientras, en el crepúsculo envolvente, veo cómo se besan. Por primera vez en todo el día, sonrío. Todo está en calma, el amor poderoso de mis padres, ese amor sin tiempo, flota por encima de todo y me consuela. No me deben nada, todo lo que han podido enseñarme está en esa sala. Dejo pasar media hora y busco a papá, lo ayudo a ponerse la chaqueta, le recompongo el pelo y, con él del brazo, le repito a Liza que pronto volveré. Ella se queda en la puerta, agitando una mano, y veo su figura difuminarse en la noche.

Papá protesta porque no quiere subir al taxi, prefiere caminar. Todavía quedan jardines y la noche está atrapada en la oscuridad de las plantas. Parece conmovido, sonrío, pero se cansa pronto. Me prometo mantenerme en silencio pero, mientras lo pienso, oigo el sonido de mi incontinente voz:

— ¿Y, cómo te fue?

Aprieta mi brazo, acerca los labios a mi oído, tengo que poner mucha atención para entender lo que está diciendo.

— Qué mujer, susurra, qué mujer. Dime, hija, ¿quién era?

Interferencias

A mi, lo que me va, es la demonología, le dije a la medium en cuanto me abrió la puerta, y ella debía de estar acostumbrada a los exabruptos porque me dejó hablar, sí, insistí yo, la demonología, porque el finado era más malo que Satanás, vació la cuenta del banco y me dejó plantada con los gemelos. La medium me miró impertérrita, con su cara de china. Parecía honesta, muy profesional, lo noté en cuanto me contestó que ella no sabía de diablos, como mucho había invocado a algún muerto que venía oliendo a azufre, pero no era tema suyo a dónde se los había llevado la Parca. Dijo "la Parca" como quien dice, "la Petra", o "la Juana", y eso me gustó, por el aire natural que le daba a la cosa, una siempre tiene un poco de prejuicios con estos temas. Parecía materna, alguien que hace mermeladas y teje calcetines, la imaginé viviendo en un país con nieve, calentita junto al fuego, eso fue lo que sentí y, después de tantos meses en tensión, me aflojé y, sin quererlo, me largué a llorar a mares y, entre hipos, le conté lo de mi marido. La medium me tendió un pañuelito y esperó con paciencia, después me preguntó si había traído alguna prenda del difunto. No, le contesté, el muy cabrito no me dejó nada. Y ella: ¿y cuáles eran sus preferencias? Todavía moqueando, empecé a describir su gusto morboso por los pechos grandes, y otra vez me dio la llorera, seguro que se fue al Caribe, le dije, ahí las mujeres tienen los pezones de chocolate. La medium volvió a mirarme con pena y me hizo sentar, me dio más pañuelos mientras escrutaba mi pelito rubio de ratón, mi cuerpo de adolescente vieja. Y luego me soltó: ¿está segura de que está muerto?, mire que aquí sólo se personifican los difuntos y yo cobro pase lo que pase. Seguro, le dije, pero no sé si usted podrá convocarlo, estamos tan lejos, y el finado desapareció en Madrid. ¿Y qué hace usted en Belgrano? se sorprendió, los ojitos como rendijas. Y yo: me da pena que no descansa en su tierra así que, cuando recibí ese certificado de defunción de un pueblito perdido de la Patagonia, decidí tirar la casa por la ventana y venir a buscarlo a la Argentina. ¿Queda muy lejos la Patagonia? En el culo del mundo, dijo la medium y luego se tapó la boca, como si se le hubiera escapado. Metí la mano en el bolso y saqué los certificados, los leyó y sacudió la cabeza, me llevó a una salita con cortinas floreadas, donde había un olor intenso a jazmines y una jaula con un canario, que tapó con una manta. Qué bien que huelen los muertos, le comenté. No siempre, refunfuñó, algunos hieden a sótano. Entonces empezó con su parafernalia, me tomó las manos por encima de la mesa y yo sentí las suyas, calientes como brasas. Cerré también los ojos y volví a imaginarla como en otra dimensión, esta vez en un trineo, sobre la nieve,

con una niña a su lado. En mitad de mis ensoñaciones, rompió el silencio y se largó a rezar en un idioma extraño. Ya estaba anocheciendo, la falta de luz hacía que me sintiera incómoda y mi silla tenía una pata floja, se bamboleaba. Además, en esa jerga extraña en la que hablaba la medium yo no creo que apareciera mi Vicente que, para los idiomas, era un negado. De pronto abrió los ojos como no creí que pudiera hacerlo una asiática y empezó a revolverlos. El canario se puso a cantar en lo oscuro, desde algún lugar venía un aroma como de azúcar quemada. Me quería soltar, pero la medium me tenía atrapada entre sus manos como tenazas y succionaba mi energía por encima de la mesa y sentí que toda mi sangre se iba a volcar sobre el mantel. Una idea estúpida, lo sé, mi marido nada tenía que ver con la sangre, a menos que lo hubieran asesinado. Y entonces la medium anunció que estaba llegando el espíritu de una mujer. ¿Quién eres?, le preguntó, y ella: "la dueña de la pensión donde vivía el marido de esa desgraciada". "Desgraciada" me pareció una palabra extraña, se puede entender en varios sentidos, la muerta no era lo que se dice una dama. Háblale, me ordenó la medium. Medio tímida, porque no me gusta darme con desconocidos, empecé a hacerle preguntas. Lo primero que quise saber era cómo mi Vicente había llegado hasta la Patagonia, si era más urbano que un chicle en el asfalto. La muerta contestó que ella no se metía con la vida de la gente. Luego le pregunté si no me había dejado nada. Ni siquiera una camiseta sucia, me dijo la dueña, pero sí que me dejó la cuenta sin pagar, y a ver quién se hace cargo. Entonces le pregunté cómo había muerto, y ella empezó a gritar que la difunta era ella y que me fuera a la mierda. Noté que a la medium le costaba decir la palabra "mierda", y también noté que el tono de voz era raro, pero la medium seguía ahí, aferrada a mis manos, con la muerta montada y yo que ya no sabía qué preguntar. De pronto, se me ocurrió algo: ¿y cómo tiene usted los pechos? Y la muerta, con un tonito entre orgulloso y grosero: ¡como melones! Justo en ese momento fue cuando vino esa interferencia, como de líneas telefónicas, y sobre la voz de la dueña de la pensión se solapó un muerto que se llamaba Lejarraja-já, y cada vez que decía su nombre parecía que la medium se moría de la risa. Tenía un tufo tal a naftalina que le tuve que pedir a la mujer que abriera las ventanas. Ni loca, dijo ella, saliendo por un minuto del trance, si me entra viento se me vuelan las almas, y me dio un ataque de risa porque la imaginé con la aspiradora y todos esos fantasmas afinándose por el tubo. Por suerte me controlé, estas cosas son muy solemnes. Entonces la medium me soltó las manos y empezó a retorcerse. "Soy Lejarraja-já" gritaba el difunto, y me han asesinado. Quiero justicia y no la quiero. ¿Quién te mató? "No fue hombre ni mujer", sentenció el difunto. Y ahí se solapó la voz con la dueña de la pensión, que empezó a reclamarme dinero. Ni pienso pagar las locuras de ese

desafortunado, contesté, y entonces la pata floja de la silla pareció bambolearse. Furiosa, la dueña de la pensión, con un tono de lo más vengativo, gritó que ese hombre no estaba solo, y me debe lo que vale una cama de matrimonio con desayuno inglés. ¿Qué es el desayuno inglés?, con huevo frito y panceta, contestó. ¿Y para qué mierda quiere el dinero, si está muerta?, dije llorando, mientras perdía, a la vez, el equilibrio y la compostura. Se hizo un silencio. Otra vez volvió el olor a mermelada y me dio pánico que se apersonara algún difunto más, pero el aroma parecía venir de la cocina. Entonces reapareció Lejarraja-já, quejándose. "no fue hombre ni mujer", repetía, y también "quiero y no quiero saber la verdad. Quiero y no quiero". Qué muerto más indeciso, pensé yo, lloriqueando todavía, porque me imaginaba a mi Vicente con los morros hundidos entre las tetas de la dueña de la pensión, y con el culo en pompa. Y la medium que bizqueaba agotada. Estoy harta, pensé, harta de los engaños de ese cabrón, aquí no hay más que malas noticias y he hecho un viaje inútil, me voy a ir a donde no escuche más a ese puto canario que canta con la luz apagada. El bicho pareció oírme, y también el muerto, porque escuché un revoloteo de plumas, como si lo estuvieran acogotando. El azúcar mezclándose con la naftalina, las plumas sanguinolentas con el aroma del jazmín, una porquería de olores. Y entonces la medium se tiró al suelo y empezó a retorcerse, largó una espumita por la boca, pareció que se iba a quedar tiesa. De pronto abrió los ojos, y, como si no hubiera pasado nada, se levantó, fue hacia el espejo, empezó a peinarse. Con una voz de lo más profesional me dijo muchas gracias cuando le pagué. Y luego, con una voz distinta, muy bajita; tire esos papeles, son todos falsos. Si me permite, le voy a dar un consejo: no se vaya hasta la Patagonia, no vale la pena. A menos que le guste ver el Perito Moreno, en estos días el glaciar se derrumba y es todo un espectáculo. Y dejó caer en mi mano, que ya se extendía para saludarla, la tarjetita de un guía.